

## DÍPTICO PARA TIDINHA

Ángel Gustavo Infante

*Al corazón carioca de María Breto*

1

La primera vida de Tidinha terminó una noche de diciembre de 1951 al dar por perdidas las esperanzas con Ismar. Nunca el baño de su casa, la calle y todo Río de Janeiro le parecieron tan anchos y ajenos como en aquel momento cuando, sin terminar de entender, debió aceptar que ya no vería más al hombre que en muy poco tiempo le mostró dos de las muchas estaciones del amor.

Se mojó la cara para ocultar lo único que le dejó ese tránsito entre el éxtasis y el desamparo: un torrente de lágrimas que convirtió su regreso en una incierta peregrinación. La despedida –anunciada de puño y letra en una breve carta– se verificó en un café cercano a su casa; pero su corazón, arrojado de tan sublime república, la obligó a desconocer sus aceras cotidianas y la función de los faroles que, en lugar de salvar, aumentaban las penumbras reforzadas por la ingratitud de aquel caballero que le negó, además, un último gesto de cortesía al no acompañarla. Regresó sola y así quedó por un buen tiempo después de dedicarse a morir.

Yo también tenía veinte años y me preparaba para salir por primera vez de São Paulo a continuar mis estudios en Río, donde la conocería dos años después de su resurrección. Antes de meterme en su vida en la residencia de Botafogo, a la joven profesora no le había faltado quien la cortejara. Sus tempranos admiradores, aquellos que se atrevieron más allá de los cumplidos, sucumbieron a sus desplantes o renunciaron ante sus brillantes evasivas; sin embargo, continuarían prendados a la gracia de sus gestos y a cierta fragilidad de su blancura, desmentida en el discurso de dolor y fuerza vital pronunciado a diario por sus ojos.

Cuando el doctor Ismar Alves se dio el lujo de abandonarla, Tidinha apenas se reconciliaba con la vida: su madre se había suicidado ocho años atrás, en medio de una aguda crisis depresiva. La víspera el médico la había mandado a temperar. Todo estaba listo para viajar a Pernambuco, a la hacienda del abuelo, el coronel Felix de França Monteiro; pero el itinerario desestimó la absurda puesta de sol en el ánimo de la mujer.

El mundo de Tidinha se hizo añicos. Aún no había llegado a la adolescencia. Era una muchacha plana, tremenda, a veces difícil, que debió aprender pronto a defenderse. Sus días se convirtieron en ventanas como las del tren de Recife a Arco Verde: cuadros de plantaciones solitarias alteradas por la voz del locutor de *El Repórter Esso*, fotogramas camino a la casa del coronel, a las largas noches del *sertão* ilustradas por lenguas de fuego que se desvanecían en la distancia dejando el olor inconfundible de las vidas quemadas. Terminó de crecer junto a Eimar, Yeda y Osmar bajo la austeridad de su padre y de su tía-madrastra, la hermana menor de la difunta, quienes pasaron a administrarle los restos de la niñez.

Imagino a Tidinha acodada al poyo de la ventana en la sala de su casa planificando la estrategia para fugarse sola a dar una vuelta por el barrio, a tomar un sorbete o, quizá, a gastar unos minutos de bromas con sus vecinas; algo, en fin, que la salvara de la miseria dominical destinada a recibir o a dispensar visitas a los familiares que invariablemente, una vez agotados los motivos de conversación, se dedicaban a ponderar el grosor, la longitud y hasta la pigmentación de la pequeña tropa, para cerrar con las recetas de siempre ante las sonrisas y los abrazos prodigados por sus hermanitas para asegurarse el camino al cielo con el beneplácito de una parentela entretenida por los derrames de ponche y merengue.

Tidinha prefería jugar a ser otra, colocarse en el lugar de las figuras planas de los retablos o imitar las exuberantes maneras de los personajes del barroco portugués representados en los óleos del Museo Imperial en la Quinta da Boa Vista o en la Escuela de Bellas Artes, adonde la llevaba su padre con frecuencia. Prefería también fugarse del liceo, vender los tiquetes del tranvía y entrar al cinema en busca de universos más intensos e interesantes que los del mundillo de su grupo de amistades, agotado antes de llegar a la Puente de los Marineros por las intrigas con los insufribles alumnos del Colegio Militar. Prefería burlarse de las bobas de sus compañeras, ilusionadas a fuerza de versitos edulcorados, y volver al juego ante el estupor de las santurronas *cu de ferro* que hasta aguantaban la respiración cuando, en el laboratorio de Anatomía, ella y otras tan divertidas como ella (Cabral, Figueredo, Cambraia y Coelho) bailaban con los esqueletos debidamente ataviados para la ocasión con papeles de colores.

El profesor de Latín le había recomendado que, en lugar de estar perdiendo el tiempo, se buscara un novio de buena familia, preparara el *trousseau* y ya, problema resuelto. Un día le dio por pintarse el cabello y su papá le dijo: «Las mujeres de la mala vida son las que se tiñen el pelo». Otro le dio por probar los cigarrillos y Osmar, pese a ser menor que ella, se lo prohibió bajo amenaza de propinarle una tunda y acusarla. Ella le restaba importancia a los comentarios: estaba por cumplir dieciocho años y no veía el día de independizarse.

En esa rutina clara, apegada a las reglas, la única oscuridad que había conocido más allá de su alcoba se hallaba en el cinema y ésta apenas llegaba a penumbra inocente, compuesta por el intercambio de impresiones sobre el filme con su inseparable amiga María Elena Figueredo. Poco después el primo Floriano trajo la legalidad y con ésta las sombras del matiné sabatino en las salas del Olinda o del Metro, ambos en la Plaza Saenz Pena na Tijuca, comenzaron a ofrecer ciertas ventajas que ambos parientes tuvieron que aprender a administrar para guardarse de la certera puntería del acomodador. Con el debido permiso paterno, estos encuentros se prolongaron algunas tardes de domingo en los *chá dançante* celebrados en los gimnasios cubiertos de los distintos liceos, donde ella pudo sentir por primera vez una osamenta rellena de carne meneándose justo donde le crecía el deseo.

Pero el romance no progresó. Los breves contactos sólo sirvieron de entrada al banquete que la esperaba una tarde en la casa del infortunado primo. Alves se había recibido de abogado y celebraba con el primo Fausto, profesor en la Universidad Lafayette, hermano

del desamparado Floriano. Representaba muy bien sus veintisiete años, era un comunista elegante y divertido, diestro en la persuasión que, entre otras cosas, sabía que a las mujeres el amor le entra por los oídos y por allí comenzó a reducir sus veleidades, a moldear sus ideas, a hacerla suya.

–Él me hizo conocer otro mundo. Dijo una tarde de sábado en el saloncito de la residencia, animada por las canciones de Dorival Cayimi, los aros de humo y los sorbos de cerveza.

Mi edad y la paciencia eran enemigas; pero no me quedó más remedio que esperar en silencio.

–Era muy crítico –continuó hablando sola con la mirada fija en los recuerdos–. Fueron dos años de aprendizaje. Me hizo dudar del matrimonio mas no del amor, y eso, precisamente eso, fue lo que experimenté por primera vez. El gaucho Ismar, ocho años mayor que yo, le dio respuesta a una pregunta que me hacía constantemente desde la adolescencia: ¿Cuándo voy a tener un *namorado* que me haga sentir lo que cuentan los libros?

Algo me impidió seguirla oyendo. Hasta ese momento sólo me había provocado llevarla a la cama. Una corriente tibia bajó por mi cuello. Pensé en la virginidad, tan importante entonces, bajé la mirada para esconder mi turbación y mientras contemplaba sus pies de uñas perfectas, cruzados por las delicadas correas de sus sandalias, descubrí, no sin temor, que mi deseo inicial se abría hacia un territorio desconocido.

Cuando volví a escucharla hacía referencia a una canción que llegaba con cierta dificultad desde el tocadiscos:

–No creo que la soledad vaya a terminar conmigo, como canta Ángela María  
–dijo encendiendo otro cigarro– si no pudo antes, no podrá después.

Poco a poco fui recuperando lo que perdí esa tarde. Lo apuntado hasta aquí da fe de ello, también lo siguiente: el adiós del picapleitos introdujo un cambio en su vida, es obvio; sin embargo no decidió su mudanza, ésta estuvo contemplada desde sus planes de adolescente cuando se aburría en casa, como luego también estuvo ejercer su profesión y emprender otra carrera. Algo racional y concreto, acorde con el ideario de ese novio que la hacía sentir –además de lo que describían los libros– como una reina cuando pasaba a recogerla a la salida de clases. Mientras ella, cual Ginger Rogers en su fantasía musical, corría a los brazos de un Fred Astaire gaucho que la esperaba en la portería bailando tap, él, como buen comunista, desechaba las ilusiones y la veía venir con su falda azul marino y su blusa blanca manga larga portando una estrella y tres listas esmaltadas; es decir, como lo que en realidad era: una estudiante del último año de la Escuela Normal.

No obstante, siempre celebró sus disidencias, desde los tintes y la nicotina hasta el cambio de indumentaria propuesto para la gala de graduación que los profesores del comité,

muy a su pesar, finalmente aceptaron. Entonces asistió del brazo de su galán con el traje copiado de una de sus heroínas de la pantalla grande: straple de organdí de seda azul marino prolongado en un vestido plisado y largo, color rosa viejo, que le valió cumplidos y miradas de odio en partes iguales.

Flores de un día, diría después, quizá pensando que esa noche cambió sus amores de estudiante por un anillo y un diploma, sin sumar otro papel: una carta que vendría a advertirle que sus minutos de gloria habían acabado. El remitente, por supuesto, era Ismar Alves, quien se había alejado de ella en unas vacaciones definitivas y desde Porto Alegre, en Río Grande do Sul, le comunicaba que se había *apaixonado de outra mulher maravilhosa* sin medir el impacto que esa infeliz noticia tendría en nuestras vidas.

2

Desde la Barra do Guaratiba el aire de mar la fue incorporando a su segunda vida. Al llegar a la cumbre por un terreno escarpado que separaba a la escuela «Abílio Ferreira» de la carretera que subía de Río, la eternidad se rendía a sus pies. Dos años duró en su primer empleo contemplando esa agua inmóvil tan distinta a la de la exclusiva playa de la Urca, en Pan de Azúcar, donde se metía algunos domingos con su amiga Sonia Mae, o las populares de Ipanema o Lebrón donde se bañaba a ritmo de batucada.

Era entonces la profesora doña França Correia y el título no le pesaba para nada: saltaba entre los matorrales y las piedras silbando una suite de Bizet o repitiendo de memoria un fragmento de Eça de Queiroz –la única dote que le iba dejando su padre– hasta llegar a la cima con la lengua afuera, antes de su colega doña María Elena Cabral que parecía una virgen perdida en la inmensidad.

Comenzaba la etapa azul de Tidinha. En distintos tonos de ese color veía caer la lluvia, marino era el cabello de un Anaclides inclinado más bien hacia el morado –su mejor alumno y precursor de los afros do Brasil– y turquesa los cangrejos que éste cazaba en los manglares. Azul oscuro el cielo de las cinco de la madrugada cuando tomaba el tranvía hasta la avenida Getúlio Vargas, un poco más claro el del trasbordo al tren en la Estación Central que la conducía, junto a muchos militares, hasta la terminal de Campo Grande. Azul era el uniforme verde de los soldados y los hilos de la barba de Lampelao, «El Rey del Cangaço», temibles salteadores de camino en un sueño incómodo que atravesaba Río y le provocaba un rubor de intenso azul al final, cuando volvía en sí y verificaba que sólo faltaba el mítico *cangaceiro* de su infancia, porque el resto, es decir, la tropa en pleno, permanecía en acecho con el deseo multiplicado en un centenar de ojos.

Se rebeló entonces a seguir la tradición que condujo al altar a cifras incalculables de docentes y militares en todo el mundo durante más de medio siglo y, obedeciendo a la fase más aguda de su etapa azul, se matriculó en la Escuela de Filosofía de la Universidad Federal.

Allí bailó su primer *blues* con Bernardo Sandler, un joven tan apuesto como Anthony Perkins y tan inteligente como Jean Paul Sartre; es decir, un intelectual de postguerra

protegido por la idealización femenina, invariablemente ataviado con una gabardina gris y los anteojos de pasta que, en realidad, sólo ocultaban a un flaco inexperto en asuntos íntimos.

La llevó a un *bistrot* cerca de la universidad, ordenó *crêpes* y una botella de *château duvalier*. Después le propuso cocinar para ella y caminaron bajo su inseparable paraguas negro hasta la casa donde vivía con sus padres. Por la Beira Mar adornó la llovizna nocturna estableciendo relaciones imaginarias entre los árboles y los viejos edificios que enmarcaban la avenida, de allí pasó al Falansterio de Fourier, a las ramificaciones del socialismo utópico y concluyó frente a la puerta recitándole en español un poema del camarada Neruda dedicado a la clase obrera.

Al entrar a la casa, Tíndinha se sentía intelectualmente intoxicada y decidió ir al grano. Sandler colocó un disco de Duke Ellington –aunque ella hubiese preferido la voz de María Matargo– y se disponía a mostrarle la biblioteca de sus padres cuando se abalanzó sobre él con la intención de bailar, pero de modo tan abrupto que perdieron el equilibrio y rodaron por la alfombra hasta sentirse los alientos y enredarse las lenguas sin poder evitar el desastre que se avecinaba: con el himen la torpe tempestad le voló también el naciente amor y no pudo volver a verlo.

Tampoco siguió los estudios y sólo tomó el aire bohemio de la universidad en compañía de los tres chiflados: Leone, Eugenio y Kanova, sus buenos amigos feos, cómicos e inteligentes con quienes aprendió a matarse de la risa en las antípodas de su rutina diaria cargada del chismorroto de las maestras.

*Le rendez-vous* era en la Escuela de Filosofía, luego recogían a María Elena e iban a una tasca entre Copacabana y Leme a beber cuba libre y picar pajita, o a beber cuba libre y hacer crítica de teatro, o a beber cuba libre y *falar do* Marx hasta que la cantante del negocio, una morena espectacular, le hacía señas al pianista y comenzaba a imitar a Dolores Durán.

Antes de la medianoche Leone repartía al grupo en su volkswagen, un escarabajo que algún día fue verde y que se movía sin problemas cuando el Cristo Redentor del Corcovado decidía atender las plegarias que todos, menos el orgulloso chofer, le rendían a distancia.

A veces la gracia se extendía hasta la casa de Tíndinha y atenuaba los reclamos por la hora de llegada hechos acaso como un deber de padre por un lector sumergido entre la penumbra del recibo en las páginas de Stefan Zweig y las violas y cellos, apenas audibles, que interpretaban a Mozart. Entonces ella podía limpiarse el cutis en paz, disponer la ropa para el día siguiente y acostarse pensando en que ya estaba lista para el plato principal después de la desabrida entrada que le había brindado Bernardo Sandler.

El destino se lo sirvió en el viejo edificio del Correo Central donde colocaría una carta para una amiga en Lisboa. Un aroma masculino se adelantó a la pregunta. Ella volteó para confirmarle al hombre de impecable flux que estaba ante la taquilla indicada. Al salir se

entregó a uno de sus placeres favoritos: tomó a pie el largo trecho que la conduciría a la universidad por la avenida Río Branco, luego pasó a la Antonio Carlo y advirtió con temor que el elegante de la oficina de correos le hacía señas desde un automóvil. Ella apretó la marcha. Él bajó del carro, la siguió e intentó hablarle. Ella se refugió en la velocidad y el silencio hasta llegar a la facultad. En la última esquina el hombre se detuvo y ella, desconcertada, pudo imaginarlo a sus espaldas como Humphrey Bogart en *El halcón maltés*: viéndola a distancia y arrojando el cigarrillo dispuesto a vencer el reto.

Disfrazó su exaltación ante los tres chiflados acodados en la barra del cafetín, pidió café y rechazó la invitación al fútbol. Los muchachos se esfumaron y en su lugar entró, precedida por el olor del dinero, la fina estampa de Dilney Bares Albornoz, ingeniero, según la tarjeta de presentación que le ofreció en la mano izquierda mientras extendía una derecha tan amplia y suave como su sonrisa.

Tidinha aceptó con una condición: cenar en Spaghettilandia, al lado de la universidad, donde la conocía todo el mundo. Él, a su vez, aceptó con otra: cenar a la noche siguiente en el restaurant de su hotel. Entre ambas mesas tuvo la seguridad de que habría una buena y elegante cama en su futuro, y quizá, una propuesta. Con la pasta corta a la putanesca y el caneloni dispuestos sobre el mantel de cuadros rojos y blancos, entre el bullicio producido por los comensales que seguían el partido por la radio, supo que este plato fuerte también era gaucho, venía de Río Grande y, en consecuencia, era *compatriota* de aquella mujer que probablemente compartía su destino con Ismar.

Después de las *Casquinhas de Siri* servidas como entrante en el Bife de Ouro, el restaurant del Copacabana Palace, en el 1702 de la avenida Atlántica frente a praia do Leme, muy cerca de la tasca que frecuentaba con los tres chiflados, se enteró de que era industrial de la lana, poseía varias haciendas de ganado ovino y una de ganado familiar con esposa vigente. Lo tenía casi todo, sólo le faltaba la ovejita negra que tenía al frente un poco incómoda por tanto lujo.

Esta vez fue Tidinha quien apagó el resto del cigarro en el cenicero de cristal que le sostuvo el impoluto *garçom* y decidió asumir el reto mirando fijamente al hombre detrás del hilo de humo de su pitillera, como Marlene Dietrich en *La venus rubia*, rendida ante la sinceridad, la elegancia y el aroma irresistible del dinero.

Al poco tiempo tuvo que ingeniárselas para fugarse un fin de semana. Solicitó los servicios de Dilza la turca –una buena amiga que gozaba de los afectos del padre y de la tía-madrastra–, y ésta no dudó en prestárselos al armar el plan que le permitiría pasar una pequeña luna de miel en mi tierra sin levantar la más mínima sospecha en casa.

Quizás nos cruzamos en alguna calle de São Paulo ese viernes remoto, después de que la fina estampa la recogiera en la *rodoviária*. Ahora puedo decir, con el bolero de entonces: *sin saber que existías te deseaba, antes de conocerte te adiviné*, para continuar imaginándola esa noche –tan cerca y tan lejos de mí– interrogando al espejo por el collar o el prendedor, primera prenda que él quitaría de su cuerpo al regreso de la velada en el *nightclub* del Gran Hotel.

Bares la trató bien. La mimó. Le dio la ternura y el cariño que Alves y Sandler le adeudaban (el uno por materialista, el otro por torpe). Le pidió que lo acompañara a Europa y, finalmente, le ofreció adornarle un apartamento en su ciudad favorita, dentro o fuera del país, con los pedazos de tiempo que le sobraran de sus haciendas.

## LA FINA ESTAMPA SE CONVIRTIÓ EN RECUERDO

Tidinha tomó otras decisiones importantes: se mandó a mudar de la Barra do Guaratiba a la Parada de Lucas y de su casa a la residencia donde coincidimos. Cuando llegué a la ensenada de Botafogo, la profesora gozaba del aprecio de los inquilinos y cumplía un trayecto fácil hasta su nuevo lugar de trabajo: la Escuela «Cardenal Cámara», de donde regresaba regularmente en el *oldsmobile* descapotado de Moisés, un joven judío a quien le correspondió hacer de entrada al plato fuerte que sólo un paulista como yo podía brindarle a esa *atraente* y díscola *mulher*, incapacitado por la vanidad para prever las consecuencias.

Aquel sábado de las cervezas me pidió que la siguiera a su habitación para mostrarme el botín obtenido en la aventura que declinaba. La colección de carteras y zapatos, varios sin estrenar, mostraba la generosidad de un hombre cuyo retrato Tidinha rellenaba de aire, pelos y risas. Apenas había saludado a Moisés en el vestíbulo cuando pasaba a recogerla, sin embargo había percibido su alegría simple y recordaba sus brazos forrados de vellos negríssimos. Los esperaba un final feliz: ambos sabían burlarse de la tragedia.

Yo no. Nunca supe guardar distancia con la desgracia. Esa fue mi ruina, pero era muy joven para advertirlo. Tidinha cada día me descolocaba más, era asombrosa, cumplía la promesa con la que inauguró su segunda vida: no acercarse a ese sentimiento tan carioca, a esa *saudade* terrena, desterrarla incluso como palabra y vivir, simplemente vivir, como quien baila una *bossa nova*.

Y me dejé llevar por esa *garota* tan llena de gracia y de una inteligencia aguda y seductora y me sentí muy bien desplazando al judío y mi corazón tembló la primera noche que pasamos juntos. Puedo jurar que ella también se apasionó, que volvió a sentir lo que dicen los libros y que, sin querer o sin saber –lo mismo da ahora–, me condujo a concluir mi primera vida.

Nos mudamos a una habitación y durante dos años nos despegamos apenas para lograr el sustento. Dos años en los que me devoró lentamente como a un plato que no se desea terminar ni repetir, hasta que el tiempo –ese mesonero inclemente– vino a servirle el postre.

Ocurrió en el carnaval de 1956. El venezolano había entrado a Río a principios de año por el aeropuerto Santos Dumont con el objeto de hacerse arquitecto. Se llamaba José Breto. Era un hombre alto, moreno, de pelo lacio y ojos achinados, cuya simpatía restaba importancia al hecho de no *falar* portugués. Había sido un buen compañero de estudios y me resultaba grata la tarea de traducirle algunos temas que escapaban a su comprensión. Convencí a Tidinha para invitarlos –a él y a María Elena– al baile del Castro Alves con la esperanza de que encontrara refugio en nuestra compañía.

Al llegar a la puerta del hotel donde nos esperaba mi amigo, el ánimo de Tíndha cambió por completo. Venía contrariada por mi tardanza y sólo le dirigía la palabra a María Elena, a quien recogimos una hora después de lo acordado. Lo atribuí a la alegría contagiosa de la samba y al pudor ante el desconocido, sin más. Breto nos entretuvo con sus brincos y con unos chistes que lograban su efecto no por su contenido, que a veces no entendíamos, sino por el modo de contarlos. Bailamos, bebimos y reímos hasta el amanecer. Fue una gran velada, sin duda; pero no logré mi objetivo: lamentablemente no hubo atracción entre nuestros amigos.

Muy a mi pesar funcionó otra, la que nunca debió accionarse: la de mi mujer (porque eso fue Tíndha hasta entonces, mi mujer, y ahora puedo decirlo con cierto orgullo y ya sin rabia) hacia mi amigo y luego –hasta donde pude saberlo muchos años después– la de éste hacia ella, gracias a su insistencia: se ofreció como guía y no sólo le mostró la ciudad, en breve le mostró sus encantos personales, que no eran pocos, hasta que el hombre rompió el retrato de su prometida caraqueña que portaba en la cartera.

Uno de sus paisanos lo traicionó. Le fui dando crédito a la noticia a medida que enumeraba las evasivas de ambos durante las últimas semanas, a medida que avanzaba al encuentro y evaluaba el distanciamiento de él, la frialdad de ella, a medida que me acercaba al cinema del Catete y no recordaba una sonrisa dirigida a mí y le pedí a Dios que todo fuera una broma, porque amaba a Tíndha más allá del Cristo Redentor, de las nubes, del espacio donde todo cuerpo pierde su peso y se convierte en polvo cósmico. Ya no podía detenerme. Sentía miedo por lo que podría pasar, sentía miedo por mí, el miedo se convirtió en frío frente a la marquesina, en sudor helado y temblor en la taquilla al comprar el boleto. Escupí pedazos de corazón cuando vi sus cabezas muy juntas en las primeras filas, su cuello perfecto flotando sobre la historia de *Orfeo negro*, entregado a las caricias de una mano distinta a la mía. Me senté en silencio detrás de la pareja. Sólo ella volteó. Me rajó la vida con el acero de sus ojos y salió detrás de mí. Breto quedó en la sala con la cabeza gacha.

Han pasado muchos años y aún no puedo recordar todo lo que le dije de regreso a casa con el ronquido involuntario que me salió en lugar de la voz. Cuando resucité supe que se habían casado aquí, en Caracas, que ella se había matriculado en la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela y que tenían dos de los cuatro hijos que conformarían su familia y lo acepté, brindé por ellos: mi orgullo paulista se lo habían llevado las lágrimas.

Al poco tiempo debí atender una oferta de trabajo acá y pedí sus datos. La encontré muy cambiada, aunque igualmente hermosa. Se alegró al verme, me pidió noticias de todos, extrañaba a sus hermanas, a sus amigos, al aire de Río. Al final de la entrevista me tomó una mano y me dijo con cariño y firmeza:

–Si viniste por mí, es mejor que regreses. Breto es definitivo.

Me quedé. Me casé. Ella enviudó. Me separé. Me volví a casar. Envejecimos cerca, al pie del Ávila. De vez en cuando hablamos de la salud y cuando nos despedimos, o al colgar,



invariablemente me viene a la memoria esa imagen suya, sola, de regreso a casa, llorando por Ismar. Entonces pienso que en verdad me estoy poniendo viejo y me consuelo repitiendo como una oración los versos de Drummond de Andrade que alcanzo a recordar:

Llega un tiempo en que ya no se dice: Dios mío  
Tiempo en que ya no se dice: amor mío  
Porque el amor resultó inútil  
Y los ojos no lloran  
Y las manos tejen el rudo trabajo  
Y el corazón está seco.